39.1.7

DOS REFLEXIONES SOBRE LAS ELECCIONES AUTONOMICAS DE CATALUÑA.

Jordi Solé Tura

En Cataluña se han celebrado tres elecciones en un año y medio: las generales de octubre de 1982, las municipales de mayo de 1983 y las recientes elecciones autonómicas. Como es bien sabido, los resultados han sido muy dispares y más de un especialista en sociología electoral se habrá sentido exasperado ante la enorme dificultad para extraer conclusiones sólidas sobre el comporta - miento electoral de los ciudadanos de Cataluña.

En efecto, el rasgo común entre las tres elecciones es la enorme oscilación de los porcentajes obtenidos por los principales partidos, de una elección a otra. De una mayoría prácticamente absoluta del PSC-PSOE en las elecciones generales de 1982 se ha pasado a una mayoría absoluta de C.i.U en las autonómicas, con el intermedio de unas municipales que provocaron también cambios de mayoría espectaculares.

Las oscilaciones son especialmente notables en algunas ciudades catalanas. Así, por ejemplo, en Sabadell el partido más votado en las elecciones autonómicas de 1980 fué el PSUC, con el 30% de los votos, seguido por CiU con el 28'6 % y del PSC-PSOE con el 21'7 %. En las legislativas de octubre de 1982, el PSC-PSOE pasó al primer lugar con el 52'4%, mientras CiU descendía al 19'4% y el PSUC se hundía hasta el 5'4%. Pero seis meses más tarde, en las elecciones municipales el PSUC volvía a alzarse con la victoria con el 51'3% mientras CiU se mantenía en el 19 y el PSC-PSOE bajaba espectacularmente al 17'6%. Y ahora, en las autonómicas, CiU pasa al primer lugar con el 38'5%, el PSC-PSOE queda en segundo lugar con el 35'2% y el PSUC vuelve a bajar hasta el 9'3%. [redacted].

El caso de Sabadell no es único. Algo parecido ha ocurrido en la mayoría de las ciudades del entorno [redacted] de Barcelona, en las capitales de las provincias catalanas y en la propia ciudad de Barcelona, salvando las diferencias [redacted] en los porcentajes y en la presencia efectiva de cada uno de los partidos.

A mi entender, estas oscilaciones revelan una de las razones profundas de los resultados [redacted] de las últimas eleccio-

nes autonómicas. Además de otros factores que han entrado en juego -- como la fuerza del sentimiento nacional, la política autonómica del Gobierno del PSOE, el desconcierto provocado por [redacted] muchas de las medidas políticas y económicas de ese mismo Gobierno y hasta por el estilo con que han sido tomadas, etc..-- creo que la razón profunda de esas enormes oscilaciones radica en la gran debilidad del sistema de partidos existente en nuestro país.

Es un hecho que en España no ha existido históricamente un auténtico sistema de partidos. En los breves períodos democráticos de nuestra historia no hubo jamás ni tiempo ni margen de maniobra suficientes para estabilizarlos. Bajo el franquismo lo máximo que se consiguió fué reconstruir algunas vanguardias políticas, más o menos sólidas. Y en estos siete años escasos de democracia el sistema de partidos apenas se ha estabilizado. Sólo así se explica, por ejemplo, el hecho insólito de que el partido que había ganado las dos primeras elecciones generales y que ejerció el Gobierno durante más de cinco años se esfumase prácticamente de la noche a la mañana. Y que hoy todavía se esté intentando crear nuevos partidos de centro, de derecha y de izquierda.

La debilidad de los partidos como estructuras y como canales de participación popular es causa [redacted] de un hecho evidente, a saber: que los electores no votan tanto a los partidos como a sus líderes principales, que las elecciones se personalizan, que los diputados electos son auténticos desconocidos para la mayoría delos que les han votado y que, en definitiva, los electores no se orientan tanto por los programas como por la personalidad de los máximos dirigentes, por imágenes de tipo general y, sobre todo, por el ejercicio efectivo del poder.

[redacted] En las elecciones al Parlament de Cataluña, por ejemplo, la mayoría de los slogans electorales eran intercambiables, de modo que en muchos momentos era especialmente difícil distinguir la línea divisoria entre la derecha y la izquierda. Y en estas condiciones es muy difícil hacer triunfar una [redacted] alternativa, si el que está gobernando no ha sufrido un gran desprestigio personal y si la candidatura alternativa no despierta un entusiasmo arrebatador.

Nuestra breve [redacted] experiencia [redacted] muestra que en las elecciones generales se

vota al que está gobernando, a menos que -- como ocurrió con la UCD en octubre de 1982 --, él mismo haya cometido errores descomunales y se haya dividido y desprestigiado; que en las elecciones municipales se vota al que está dirigiendo la alcaldía, si no ha cometido los mismos errores antedichos y que en las autonómicas se vota también al que está gobernando, hecha salvedad de las mismas condiciones.

Ante la debilidad de unos partidos políticos que sólo se manifiestan en los momentos de las elecciones y que aparecen a los ojos de los electores como mecanismos de selección de candidatos más que como mecanismos de participación, el electorado tiende a establecer una relación directa con las instituciones y las personas que las simbolizan. Los programas políticos pasan a un segundo plano y la decisión se toma en función de carismas personales o de conceptos genéricos -- el "cambio", el "fem i farem", etc.-- con lo cual la vida política toma más bien la forma de movimientos populistas oscilantes que de fuerzas políticas estructuradas, sólidas y coherentes. Y en momentos de crisis, como el actual, estos movimientos populistas se ven reforzados por la necesidad de encontrar referencias colectivas, de sentirse parte de los que ganan y de reforzar la estabilidad de las instituciones, aunque no sean plenamente satisfactorias.

Naturalmente, esta descripción peca de excesiva generalidad y es fácil encontrar importantes excepciones. Existe, sin duda, un voto político consolidado en todas las fuerzas políticas. Pero lo decisivo es que ese voto político consolidado y firme no asegura las mayorías y que éstas son hoy el resultado de masas enormes de votos que oscilan de un lado a otro. Hay miles de votantes que han votado PSC-PSOE en las legislativas, PSUC en las municipales y CiU en las autonómicas, para poner un ejemplo significativo. Y ante esto no creo que sirva de gran cosa recurrir a la excusa de las "diferencias de niveles".

Hay aquí un problema de fondo. Hay unos partidos débiles y unos sindicatos débiles. Tenemos una sociedad civil poco articulada, sin sólidas instituciones intermedias. En esa situación, el poder institucional, los carismas personales y los populismos pueden convertirse en los factores políticos esenciales. [redacted]

Sé muy bien que éste no es un rasgo exclusivo de nuestro país y que en realidad es uno de los problemas de fondo de todos los sistemas democráticos. Hay un debate por hacer sobre esta cuestión, y un debate que concierne sobre todo a los partidos de izquierda. Yo creo,por ejemplo, que en unas estructuras sociales en transformación y con unas perspectivas como las que ya aparecen en el horizonte del año 2000, pierden sentido los partidos como representantes de una determinada clase social en exclusiva y que, en cambio, es cada vez más perentoria la necesidad de partidos capaces de organizar y estructurar a la sociedad civil en torno a los grandes problemas de la vida colectiva. Esto plantea, sin duda, grandes problemas teóricos y prácticos, pero sería suicida -- sobre todo para los partidos que pretenden luchar por una sociedad más justa e igualitaria -- no abordarlos ya desde ahora, con todas sus consecuencias políticas, ideológicas y organizativas.

Y junto a este gran tema de reflexión, creo que las elecciones al Parlament de Cataluña plantean otro, no menos importante aunque más circunscrito en el espacio y en el tiempo. Me refiero al tema del sentimiento nacional.

Yo estoy convencido -- y así lo he dicho y escrito más de una vez -- que hoy no podemos seguir definiendo el concepto de nacionalidad en nuestro país en los mismos términos que hace unos años, cuando no teníamos ni la Constitución de 1978 ni los Estatutos de Autonomía. Han cambiado las condiciones sociales y políticas, ha cambiado el "adversario" que toda afirmación nacional conlleva y están cambiando las perspectivas de futuro.

Pero las elecciones al Parlament de Cataluña han demostrado que este concepto y el sentimiento nacional que constituye su fundamento siguen teniendo una gran fuerza. [redacted]
Y esto no me parece contradictorio con lo anterior. Ocurre,simplemente, que también el sentimiento nacional tiene hoy otras características. Antes he aludido a ello y quiero insistir brevemente en lo dicho.

[redacted] En una situación de crisis como la actual,con una sociedad civil tan desarticulada y con unos partidos políticos tan débiles y tan poco capaces de convertirse en instrumentos de participación social, los ciudadanos tienden a buscar elementos de identidad colectiva que les permitan hacer frente -- aunque sólo sea , a menudo, ilusoriamente -- a su aisla-

miento individual. Creo, porejemplo, que en estas elecciones muchos trabajadores inmigrados han votado a CiU, pues de otro modo no se explicarían sus votos en determinados barrios de Barcelona o en determinadas ciudades del entorno barcelonés. Aquí no ha jugado tanto el factor clase social como el factor de identidad colectiva y de seguridad, en una situación en que el trabajador se siente particularmente amenazado e inseguro.

Cierto que el grueso de los votos de CiU está formado por votos que se nutren de un auténtico sentimiento nacionalista, clasista. Este es a la vez un fundamento muy débil y muy fuerte. Muy débil porque la base social y política tradicional de este nacionalismo es cada vez menos sostenible. Muy fuerte porque el viejo fondo del sentimiento nacional se nutre hoy también de esta necesidad de referencias colectivas, de signos de identidad compartidos, de superación del aislamiento individual y de seguridad de comunicación espiritual con el poder establecido.

Frente a ello, sirven de muy poco las fugas hacia adelante en nombre del Estado federal. Yo estoy convencido de que la perspectiva de nuestro Estado de las autonomías ha de ser precisamente ésta, la del Estado federal. Pero éste es un punto de llegada, lejano en el tiempo y difícil de alcanzar. Y temo que por parte de algunos exponentes de la izquierda hoy se tienda a utilizar como punto de partida y como excusa para eludir la cuestión de fondo.

El mensaje electoral de CiU era simple, pero eficaz. Era un mensaje de colectividad, de identidad nacional. de jerarquía natural, de carisma. Seguramente no puede llevar muy lejos en punto a la solución concreta de los grandes problemas con que se enfrentan Cataluña y el resto de España, Pero responde a una necesidad colectiva, a una exigencia de identidad que nadie -- y menos si se es de izquierda -- puede dejar de lado como factor político fundamental.